# «AL FIN SOI MUGER». MUJERES VISTAS POR Sí MISMAS

Sonja Herpoel
Rijksuniversiteit te Utrech

La fuerte corriente misógina que atraviesa gran parte de la Edad Media deja profundas huellas en la sociedad española de la época inmediatamente posterior. Aunque a primera vista la situación haya mejorado de manera considerable, siguen siendo válidos no pocos de los viejos prejuicios. La mujer todavía es conceptuada como un instrumento dócil del que se sirve el demonio para engañar al hombre en todos los dominios imaginables. Detentora por excelencia del honor masculino, la menor falla en su conducta puede llevar a la pérdida irremediable de la estima social. La literatura de la época aporta numerosos testimonios de ello. Pero en un período de grandes crisis religiosas hasta las mujeres dedicadas por entero al Señor presentan un peligro importante. Cualquier desviación de la norma, por más mínima que sea, despierta casi automáticamente el recelo de las autoridades, ansiosos por preservar la ortodoxia de la fe y detectar cuanto antes posibles gérmenes de herejía. Beatas, pero en ocasiones también conventuales, son sospechadas de atentados deliberados contra la religión. Como lo reflejan los incesantes procesos, el tribunal de la Inquisición no tardará en castigar severamente la loca presunción de todas aquellas representantes del sexo débil que se precian de entrar en contacto directo con la divinidad.

Hasta en los escritos de una letrada tan consciente de su valor como lo es la carmelita descalza María de San José (Salazar) podemos encontrar reminiscencias de la creencia común en «la flaca e imperfecta naturaleza de las mujeres»[1]. Sin embargo, si consi-

[1] María de San José (Salazar), *Escritos espirituales*, ed. y notas de Simeón de la Sagrada Familia, Roma, Postulación O.C.D., 1979, p. 127.

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes

deramos las realizaciones que efectuó a lo largo de su vida, queda claro que se esfuerza al máximo por combatir los prejuicios existentes. Su propio comportamiento contradice por ejemplo la imagen estereotipada que suele trasmitirse de su sexo: es una mujer audaz, decidida e inteligente, que no oculta sus creencias, incluso cuando van en contra de las directrices de los superiores. No extraña por lo tanto que su intervención activa en uno de los conflictos que agitan la descalcez femenina poco después de la muerte de Santa Teresa, le valiera la persecución y el consiguiente rechazo desdeñoso por parte de su propia Orden. Por si fuera poco, sus escritos variados –cartas, tratados o poesías– aportan un testimonio suplementario de una cultura extensa en diferentes dominios, así como de su maestría técnica a la hora de emprender una composición. A las innegables dotes literarias une evidentes calidades de líder. Éstas se manifiestan en repetidas ocasiones, permitiéndole superar con éxito cualquier prueba a la cual se ve sometida. No en vano la Fundadora pensó en ella como posible sucesora.

A pesar de lo que pudiera parecer, el ejemplo de María de San José (Salazar) que reflexiona por su propia cuenta sin resignarse jamás ante las adversidades, no constituye un caso aislado, ni mucho menos. Es evidente que no todas sus correligionarias poseen la misma amplitud de conocimientos que ella, dado que sólo una minoría selecta pudo aprovechar los beneficios de una educación humanista. En repetidas ocasiones, hasta carecen de ciertas nociones básicas por no haber tenido acceso a la enseñanza oficial. Cabe añadir en seguida que algunas compensan con creces parecida ausencia de instrucción mediante una sensibilidad a flor de piel que les permite asimilar debidamente las aportaciones de la omnipresente cultura oral. Que se trate de letradas o analfabetas, a partir de cierto momento todas coinciden en la tremenda tenacidad con la cual reclaman una audiencia que sepa valorar sus incuestionables capacidades. Además, no están ciegas ante los repetidos abusos de autoridad por parte de unos religiosos infatuados de su poder. De hecho, en su día más de una mujer alzó la voz para denunciar ciertas discrepancias en la situación existente. Sólo cuando sus ideas se plasman en el papel y por lo tanto son susceptibles de sobrevivir incluso después de su muerte, pueden sortear efectos a largo plazo. Con todo, una sociedad reacia en aceptar la validez de la opinión femenina tardará en apreciar en su justo valor la contribución de estas escritoras, antes de admitirla definitivamente.

Preguntémonos ahora cómo se veían las mujeres a sí mismas en aquel entonces. Para tener una idea aproximativa es posible recurrir a los numerosos textos autobiográficos que nos han dejado en el Siglo de Oro y en los que se retratan a veces con extremada severidad. Sometidas desde su primerísima niñez a toda clase de reglas y restricciones, no cabe duda de que hayan incorporado el modelo ejemplar de conducta femenina que una sociedad intransigente les presenta prácticamente sin cesar. Aun así, la asimilación no debió de ser ni absoluta ni todo lo completa que quisieron las autoridades. No impide, en efecto, que por momentos las monjas se distancien del paradigma para poner en tela de juicio la validez de ciertos valores y preceptos. Aunque en demasiados casos sigan aferrándose a la acostumbrada prudencia, algunas atrevidas vacilan entre una crítica más bien respetuosa o la rebelión abierta. De todas formas, cada una a su manera pide ser tenida en cuenta. Al formular además por escrito comentarios e interpretaciones, la religiosa sabe de antemano

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes

lo que está en juego. Cualquier diferencia es peligrosa: entre ella y los implacables jueces del Santo Tribunal mide tan sólo el director espiritual, cuya intervención en más de una ocasión podrá ser decisiva.

En un intento heróico por conformar su conducta a la imagen tópica de la mujer ideal, niñas y doncellas aprenden los rudimentos necesarios en sermones y libros devotos. Las más decididas se empeñan en poner en la práctica cuanto antes las enseñanzas de bio- y hagiografías. Un celo más que sincero las lleva en no pocos casos hasta tal punto que terminan por descuidar la propia salud. Llevadas por un irresistible deseo de emulación, imitan en todo a las santas vírgenes cuyo modo de vida suele demostrar una aceptación incondicional de los valores masculinos, así como un sometimiento total a las máximas autoridades de la Iglesia. Más tarde, reacias ante un matrimonio no deseado o queriendo dedicar el resto de su vida al servicio divino, ingresan en el convento donde esperan tener la posibilidad de poner de relieve ellas mismas sus dotes y habilidades. Cuando el confesor, enterado de sus frecuentes arrobos y éxtasis, les facilita los medios para indagar en su propio itinerario vital, les ofrece un regalo excepcional: la oportunidad de comunicar a sus contemporáneos la esencia de sus ideas y convicciones más íntimas, en una palabra, de su propia personalidad.

Desde luego, es evidente que el mero hecho de ser mujer impone límites en varios aspectos. Ésta constituye la primera comprobación a la cual llegan casi todas las escritoras. Haciéndose eco de una creencia arraigada, deploran no tener el prestigio requerido como para imponer su voz. Convencida de sus deficiencias, más de una clamará su culpa. «Me parece ha de quitar la fuerça a la palabra el salir por boca de vna muger»[2], afirma con pesar María Salinas. Ni siquiera el puesto de priora que ocupó durante años le garantiza una mayor influencia acerca de las autoridades eclesiásticas. «Es de poca fuerza y de ningún crédito lo que dijéremos, por ser mujeres»[3], se queja otra autobiógrafa. El hecho de que ponga las palabras precedentes en boca de una cohermana, no quita el menor impacto a lo dicho. Acostumbrada a ofensas y vejaciones por una tradición de largos siglos de sometimiento, la religiosa continúa interiorizando la imagen negativa que se le tiene delante. Su condición femenina equivale para ella al peor de los insultos, ya que implicaría una completa incapacidad de dominar sus emociones. Supuestamente sujeta a constantes cambios de humor, es considerada como indigna de confianza por parte del varón. Al reflexionar sobre ciertas de sus ocupaciones conventuales, Mariana de San José recoge casi automáticamente el clisé: «Con esta vida andaua mi alma arto recogida, y tan sin sentimiento de passiones, que no parecía muger (..)»[4].

En un principio, la religiosa no opone ninguna resistencia ante las variadas y sutiles

---

[2] Ivan Ginto, *Vida prodigiosa, y felicíssima mverte de la madre sor María Salinas, de la Orden de Santa Clara en la provincia de Aragón, Primero hija del convento de Santa Clara de Borja: y despvés fvndadora del convento de la Pvríssima Concepción, y Santa Espina de la villa de Xelsa*, Zaragoça, Miguel de Luna, 1660, p. 283.

[3] María de San José (Salazar), *op. cit.*, p. 55.

[4] Luis Muñoz, *Vida de la venerable madre Mariana de San Ioseph. Fundadora de la recolección de las monjas augustinas. Priora del Real Conuento de la Encarnación. Hallada en vnos papeles escritos de su mano. Svs virtudes obseruadas por sus hijas. Dedicadas al Rey nvestro señor*, Madrid, Imprenta Real, 1645, p. 22.

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes

formas de control ideológico. No obstante, a medida que toma conciencia de su radical alteridad, su vulnerabilidad inicial se convierte en una fuerza que en adelante será difícil negar sin más. La ausencia de reconocimiento oficial por parte de la Iglesia no impide entonces que sin demasiado temor a represalias exprese su opinión, entre otros en cuanto al papel de la mujer en la Iglesia. Enclaustrada, está privada de las mismas posibilidades de comunicación que sus correligionarios masculinos. Sin embargo, en vez de coartarla hasta el punto de que desista de sus proyectos, aquello le fortalece aún más en la convicción de que hay que actuar cuanto antes. La mujer que tiene por norma allanarse a las directrices de los superiores, se descubre de repente una necesidad imperiosa de informar a sus contemporáneos. Lo que ha de decir es importante, ya que pudiera tener implicaciones para una parte considerable de la población. Además, no está sola en su intento: se sabe respaldada por numerosas correligionarias, que, como ella, han optado por manifestarse.

Relegada durante demasiado tiempo a un puesto a todas luces inferior, se da cuenta de que antes que nada se impone una transformación inmediata de la mentalidad colectiva. Así, reclama con urgencia la imprescindibilidad de que sus compañeras se liberen por lo menos en parte de una tutela que se ha vuelto pesada. La búsqueda de Dios no ha de ser un privilegio exclusivo del varón. Haciendo caso omiso de la precaución, una analfabeta va en contra de la opinión dominante, cuando asegura que «también necessitamos las mugeres de procurar el remedio para nuestras almas, como los hombres, y si no más, no menos»[5]. El modo de alcanzarlo varía según los casos. Es cierto que a la anciana Isabel de Jesús le sobran sus propias certidumbres, acumuladas a lo largo de ininterrumpidos años de trato familiar con el Señor. Otras mujeres, en cambio, destacan sobre todo la necesidad de una instrucción continuada en materia de cosas de fe. Insisten entonces en particular en la ayuda nada desdeñable que una hermana versada en la explicación de los fenómenos místicos puede aportar a ciertas de sus cohermanas. Poco preparadas para comprender el alcance exacto de las manifestaciones sobrenaturales, éstas requieren las observaciones de una compañera que haya experimentado lo mismo que ellas, que intuya sus dudas y vacilaciones por haber atravesado momentos semejantes y que sepa por lo tanto aliviar su total desamparo.

Y es que en el seno del mismo convento reina muchas veces el miedo ante la herejía: el ejemplo de la célebre María de la Visitación sigue vivo en la mente de todos. Un temor innato del Santo Oficio quita de entrada cualquier posibilidad de reconciliación entre unas mujeres asustadas por la mera eventualidad de una persecución que pudiera tener consecuencias nefastas para la comunidad entera. En un momento dado, Angela María de la Concepción es acusada por algunas religiosas de ser «como la monja de Portugal»[6]. La divulgación dentro y fuera del convento de unos escritos suyos contri-

[5] Francisco Ignacio, *Vida de la venerable madre Isabel de Jess, recoleta agvstina en el convento de San Ivan Bavtista de la villa de Arenas. Dictada por ella misma, y añadido lo qve falta de sv dichosa mverte*, Madrid, Francisco Sanz, 1672, p. 275.

[6] Angela María de la Concepción, *Vida de la venerable madre Sor Angela María de la Concepción. (Reformadora de la regla primitiva del Orden de la Santísima Trinidad y fundadora del Convento de Religiosas Trinitarias de la villa del Tobosa). (Escrita por la misma, de órden y precepto de sus superiores.)*, Quintanar, Vicente Fernández, 1854, p. 51. Letra cursiva en el texto.

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes

buyó sin lugar a dudas a suscitar el recelo. Es evidente que los engaños de la dominicana de Lisboa atormentan los espíritus. La sencilla mención de su nombre ya provoca la consternación general. Mariana de San José lo experimenta en su propia carne, cuando sorprende a sus cohermanas criticando su conducta:

> Dezían que no me faltaua más de ponerlos en peligro de que por mí perdiesse la Orden y que con mis cosas los ocasionasse para que padeciessen trabajo por la Santa Inquisición y que no les faltaua otra cosa más de tener otra monja de Portugal, por quien padeciessen afrenta[7].

Aún así, las ansias de santidad no desaparecen sin más. A pesar de los múltiples peligros que aguardan a la mujer que se destaca, Teresa de Jesús María espera que se cumpla la predicción de un religioso franciscano que le auguró un grandioso futuro como «una de las mayores santas que hubiese en la Iglesia de Dios»[8]. Junto con ella, incontables mujeres más o menos anónimas del Siglo de Oro aspiraron a tal puesto, sin lograrlo jamás.

En ocasiones, los planteamientos han de leerse más bien entre líneas, porque la autora quiere evitar a toda costa atraerse la suspicacia de las autoridades que habrán de juzgarla. Su principal objetivo consiste antes que nada en alcanzar un público variado que sepa sacar provecho de sus enseñanzas. Cuando se dirige a sus contemporáneos para ponerlos en guardia contra los males del mundo, insiste por ello con aún mayor fuerza en el lugar común: «Quiero dezir a todos, y en particular a nosotras las mugeres, que somos las que necessitamos de aduertencias, que viuamos mui sobre auiso (..)»[9]. En cambio, no ocurre lo mismo con una creyente tan íntimamente consciente de su valor en tanto persona como lo es la ya citada Isabel de Jesús. En su extensa autobiografía sale una y otra vez a la defensa de su propio sexo. Su ímpetu hace que por momentos pierda de vista la más elemental prudencia. La lleva incluso a repetir unas palabras que atribuye al Señor y que le confirmaron hace tiempo ya en la convicción inquebrantable de la fundamental igualdad de todos los seres humanos: «lo que la muger tiene es menos capacidad en la naturaleza humana, pero no por eso dexa Su Magestad de leuantarlas a cosas arduas»[10].

Por otro lado, la religiosa española sabe que el mero hecho de ser mujer le aporta también la mejor de las disculpas, susceptible de liberarla de antemano de cualquier sospecha. A causa de su supuesta falta de letras es altamente probable que se equivoque, sin que en algún momento esté en su mano impedirlo. De hecho, muchas veces la carencia de una instrucción comparable a la que suele recibir el varón asimismo le provee la protección que le hace falta. Ocurre además que esta laguna en la educación de la mayor parte de las religiosas corrientes suscite un ataque no desprovisto de ironía.

---

[7] Luis Muñoz, *op. cit.*, p. 104.

[8] Teresa de Jesús María, *Las obras de la sublime escritora del amor divino Sor Teresa de Jesús María, Carmelita Descalza del siglo XVII. Trasladadas ahora de sus manuscritos originales y por primera vez impresas con un estudio crítico de D. Manuel Serrano y Sanz*, Madrid, Gil Blas, 1921, p. 25.

[9] Ivan Ginto, *op. cit.*, p. 14.

[10] Francisco Ignacio, *op. cit.*, pp. 127-128.

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes

Basándose en su propia experiencia, una letrada rompe una lanza en favor de ciertas de sus contemporáneas, que intuye de por sí incapaces de distinguir lo verdaderamente importante. En vez de acusar a unas mujeres indefensas que carecen por completo de experiencia en el dominio religioso y que desde luego son fácilmente influenciables por mentes malvadas, su arenga critica con vehemencia las frecuentes imperfecciones de los mismos religiosos:

> Y de ellas yo no me espanto, porque somos ignorantes; pero maravíllome cuando me acuerdo cuántos años andaba yo medio tonta con tratar con gente de la que más nombre tiene de oración, y siempre me dejaban confusa cuando me trataban de ella, hasta que Nuestro Señor me la dio a entender[11].

En opinión de la jerarquía eclesiástica, cualquier manifestación femenina ha de considerarse con la debida cautela. Cuando además se trata de un asunto tan importante como lo es la escritura, sólo cabe la más estricta negación de las capacidades intelectuales de la mujer. En un principio, la religiosa finge estar de acuerdo con la prohibición explícita de empuñar la pluma. De hecho, hace como si no le importara lo más mínimo el veto masculino:

> por ley que ha hecho la costumbre, parece que [a las mujeres] les es vedado el escribir, y con razón, pues es su oficio propio hilar, porque, como no tienen letras, andan muy cerca de errar en lo que dijeren[12].

Cuando sí se atreven a desafiar las estructuras del sistema mediante la redacción de documentos autobiográficos u otros textos de índole espiritual, son acusadas de plagio, como ocurre con María Salinas, o privadas de gran parte de su producción literaria, como la letrada ubetense María de la Cruz. No obstante, con el paso del tiempo el convento se convertirá poco a poco en la plataforma por excelencia desde donde la mujer española puede darse a conocer. A veces, sus aserciones incluso sobrepasan los límites de lo admisible, como en el caso de una agustina. No satisfecha con predicar la total igualdad entre los sexos, inserta en su autobiografía un breve comentario personal sobre los problemas que provoca la cohabitación forzosa de hombres de creencias dispares. De paso confesará incluso su profundo respeto por los herejes, ya que a su modo particular también ellos «alcançan la luz»[13]. Tal disposición a admitir convicciones rivales cuando menos sorprende en boca de una monja. Su audacia no impide, sin embargo, que el texto sea publicado e incluso reeditado por la misma Iglesia.

Al alegar que «muchas ha habido que se han igualado y aun aventajado a muchos varones»[14], la religiosa del Siglo de Oro reivindica cierto grado de autonomía. A través de sus escritos intenta demostrar que las deficiencias que puede haber en su formación intelectual no significan automáticamente que valga menos que su oponente masculi-

[11] María de San José (Salazar), *op. cit.*, p. 123.
[12] Id., p. 54.
[13] Francisco Ignacio, *op. cit.*, p. 278. Letra cursiva en el texto.
[14] María de San José (Salazar), *op. cit.*, p. 54.

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes

no. En una coyuntura histórica sumamente convulsa, experimenta, al igual que éste, una gran preocupación por conocerse a sí misma. Ya no está dispuesta a asumir sin más las aserciones demasiado humildes de aquellas monjas que, ansiosas por quitarse de encima cualquier acusación de soberbia, continúan pretendiendo que «el entendimiento de vna muger (..) es mui corto y limitado»[15]. En cambio, se busca de entrada un receptor a su medida, capaz de interpretar sus confidencias como lo merecen.

Mediante el relato circunstanciado de sus vivencias, la religiosa invierte la eterna imagen de la mujer sumisa e ingenua, incapaz de proveer en su propio sustento. La vulnerabilidad que se le atribuye es sólo aparente. Además, la inteligencia no constituye un privilegio exclusivamente masculino. El resignado «al fin soi muger»[16] de una franciscana por fin cobra un significado distinto: la disculpa vergonzosa y tímida que sin duda fue al principio pasa a ser una reivindicación orgullosa. Más tarde aún, las mujeres encontrarán una defensora incomparable en Juana Ramírez, mejor conocida como Sor Juana Inés de la Cruz. Como su hermana europea, y a causa de algunos valedores poderosos durante algún tiempo tal vez con mayor eficacia, la monja mexicana se extiende sobre la educación femenina y reclama el derecho de la mujer al saber. Recordemos que no sólo la *Carta atenagórica* suscitó la crítica más acerbada y le valió la desaprobación de los sectores más diversos, sino que hasta sus habilidades poéticas le acarrearon ataques prolongados. A pesar de las persecuciones sufridas, el silencio final de Sor Juana no ha de interpretarse como una derrota. Al contrario, su gesto voluntario y premeditado es una renovada forma de protesta contra un sistema que destruye a la mujer.

[15] Ivan Ginto, *op. cit.*, p. 318.
[16] Id., p. 273.

AISO. Actas IV (1996). Sonja HERPOEL. 'Al fin soi muger'. Mujeres vistas por sí mismas
Centro Virtual Cervantes